

los brazos desesperada. Se acercó á ella el cónsul y le preguntó qué tenia, á lo cual contestó ella, que le habia echado una maldicion una tia suya, y que esta no habia querido levantársela por mas que se lo habia suplicado. Díjole el cónsul que no habia motivo para que se aflijera por eso, pues si habia cometido un yerro, no tendria mas que desha-cerlo para quedar tranquila. Ella contestó que el yerro estaba enmen-dado, pero que no por eso la maldicion habia sido levantada, y que estaba segura de que algun mal enorme iba á sobrevénirle. Por mas esfuerzos que hizo el cónsul, no pudo conseguir que se sosegara el ánimo de la pobre vieja, y lo único que logró hacer en favor de ella, fué determinarla á entrar en la ciudad, y no pasar la noche fuera de los muros.—

Esta escena me pareció muy extraña, pues no es costumbre en Occidente hacer grande aprecio de maldiciones, y aun hay hijos mal-ditos de sus padres, que viven en medio de la mayor paz, sin dárse-les un ardite por ello. Pero en Oriente sucede todo lo contrario, segun me ha sido dicho, y tanto es así, que los hombres mas bravos tiem-blan delante de una vieja que amenaza con maldecirlos. Este temor á las maldiciones es muy antiguo en estos países, y aun parece que Dios aprueba que se tenga. Cuando los hebreos llegaban á la tierra prometida, un rey idólatra, Balac, mandó á Balaan que los maldijera; pero Dios impidió al falso profeta que lo llevara á efecto, haciendo que hablase la burra que montaba, no queriendo que su pueblo fuera maldito ni por un agorero de Baal. Y así aconteció que Balaan, con-ducido por Balac á los altos de Moab, en vez de maldecir á Israel, co-mo se lo pedia el rey moabita, lo bendijo, profetizando sus victorias y la venida de Jesucristo.

§ IV

BEYROUTH.

Marzo 2.

Salimos de Saida á las seis de la mañana, y caminando siempre por el borde del mar, hicimos una travesía monótona y molesta. No encontramos durante toda ella ruinas ni lugares notables por su his-toria, á excepcion de una aldea llamada Nebi-Yunes, donde segun una tradicion árabe, fué arrojado el profeta Jonás por el mónstruo marino.

A la una de la tarde almorzamos al borde del mar, sentados sobre unas piedras y sin abrigo ninguno contra los rayos abrasadores del sol.

A las tres entramos en un camino embellecido por la vegetacion. Nos apartamos de la playa y subimos por un pequeño monte cubierto de yerba y plantado de árboles. A la derecha se levantaba la gigan-tesca cadena del Líbano.

Muy á poco entramos en un bosque de moreras. Allí habia mul-titud de camellos. Los árabes que los conducian los habian hecho arrodillarse para amarrarles la carga, y los mansos animales bajando su delgado y retorcido cuello, pacian la verde yerba de aquel terreno fangoso. Esta escena me trajo á la memoria la llegada de Eliezer á Nacor de Mesopotamia, cuando «hizo arrodillar sus camellos fuera de la ciudad, junto á un pozo de agua, al caer de la tarde.»

Atravesamos un larguísimo bosque de pinos, y entramos en una calle formada por amenos jardines á derecha é izquierda. A las cua-tro y media llegamos á Beyrouth, y nos dirigimos al hotel Belle-Vue, situado á la orilla del mar, hácia el extremo de la ciudad, llamado *Ras-el-Beyrouth* (cabeza de Beyrouth).

Apenas llegado al hotel, me dirigí á mi aposento, y me dejé caer sobre el lecho. Hasta ocho dias despues no volví á tener conciencia

de mi vida. La fiebre se declaró con fuerza, y pasé una semana de delirio, al cabo de la cual volví en mí, como si hubiese despertado de un largo sueño. Durante este tiempo, Fortunato había caído también en cama, atacado de unas tercianas perniciosas, que pusieron en gran peligro su vida. No sé qué hubiera sido de mí, abandonado en un hotel, en un país extranjero, donde nadie me conocía, á no haber estado á mi lado M. Delestre, que en esta ocasion se condujo conmigo mas bien que como bondadoso amigo, como solicito hermano. Él llamó á mi cabecera á un excelente médico frances, M. Garnier, domiciliado en la ciudad desde años atrás, y antiguo condiscípulo de M. Delestre padre. Este doctor me asistió con el mayor esmero, y me dió pruebas inequívocas de tomarse grande interes por mi suerte.

Terminada la fiebre, pasé todavía siete dias de convalecencia.

Esta enfermedad y la de Fortunato, vinieron á echar por tierra todos mis planes. Habia pensado proseguir mi excursion hasta Baalbek y Damasco; pero no me fué posible hacerlo, porque llegó el tiempo en que me era preciso regresar á Europa.

M. Delestre, tan luego como vió que el riesgo de mi enfermedad habia pasado, partió para Damasco con grande prisa, pues también él se veía obligado á regresar á Europa cuanto ántes. Quedé solo y triste en Beyrouth, envidiando la suerte de mi compañero. Felizmente en aquellos dias cedió la enfermedad de Fortunato, y vino este á buscarme. Los dos convalecientes pasábamos tristemente las tardes, sentados á la puerta del hotel y á la vista del Mediterráneo.

Cuando M. Delestre volvió de su viaje, me refirió grandes prodigios de cuanto habia visto. Díjome que Baalbek era el sitio mas curioso de todo el mundo, segun su modo de pensar, por las ruinas maravillosas que contiene.

Baalbek, que es la antigua Heliópolis, está en la Celesiria, y enseña un delicioso valle al pié del Líbano. Baalbek y Heliópolis, en la etimología de las dos palabras, la una griega y la otra siríaca, significan *ciudad del sol*. De manera que el falso dios llamado Baal,

ídolo de los caldeos y samaritanos, y que causaba tan grande horror á los judíos, no era otro que el astro del dia. La ciudad, pues, de Heliópolis, debió su nombre al culto del sol, á que fué destinada. En ella se levantaron templos á ese astro, que fueron los mas famosos que existieron en lo antiguo. El emperador Heliogábalo era sacerdote del sol (Heliogábalo viene de *helios* que en griego quiere decir sol), y cuando entró en Roma todavía muy jóven, para sentarse en el trono de los Césares, hizolo en medio de danzas que ejecutaba él mismo, danzas en que se desplegaron toda la pompa y toda la magnificencia del culto que se rendia al luminar del dia en su célebre templo. Este templo, segun M. Delestre, es mas imponente en sus ruinas que todos los que se conservan de la Roma pagana. Hay todavía grandes restos de la muralla que rodeaba el templo, construida con enormes piedras, de noventa piés de longitud sobre diez y seis de anchura y otro tanto de espesor.

Damasco es una ciudad situada al pié del Líbano, en fértil llanura bañada por un rio, que los antiguos llamaron Crisorroa, *rio del oro*, el cual en numerosos brazos se divide. Damasco tiene además multitud de canales que hacen fecundas y florecientes las campiñas en contorno. De suerte que la ciudad es como gigantesco nido colocado en medio de un inmenso ramillete formado por tupidas arboledas y matizadas florestas. Por esta razon la Sagrada Escritura llama á Damasco, *ciudad célebre, casa de placer y de recreo*.

Los sables y las sedas de Damasco han alcanzado gran reputacion en el mundo. En el dia, los aceros damasquinos no son ya del temple de los antiguos, pues parece que los operarios modernos han perdido el secreto para trabajarlos á la perfeccion, como antaño; pero la seda sigue siendo muy apreciada en todos los paises. Los árabes pretenden que Tubalcain, el primer herrero que hubo entre los hombres, trabajó en Damasco, y enseñó á sus habitantes á forjar el fierro maravillosamente.

Creese que la ciudad fué fundada por Hus, hijo de Aram y nieto

de Noé. Ha padecido grandes mudanzas, como todas las ciudades de la Siria y la Fenicia. Ha sido conquistada, arruinada y restablecida repetidas veces por los asirios, los persas, los macedonios, los romanos, los parthos, los sarracenos, los tártaros y los soldanes de Egipto. A estos últimos perteneció hasta el tiempo de Selim I, sultán de Constantinopla, que la conquistó en 1517, y la agregó al imperio turco. Encuéntrase colocada en un punto medio entre la distancia que divide á Antioquia, que está al Norte, y Jerusalen, que se halla al Mediodía.

La celebridad de Damasco es grande sobre todo, por haber sido en esa ciudad donde nació el grande apóstol San Pablo, que ha merecido ser llamado Doctor de las Gentes.—

Durante el tiempo que permanecí en Beyrouth, me consagré á visitar la ciudad, que nada tiene de notable sino su pintoresca situacion al pié de la gran cadena del Líbano. El puerto está asentado en un pequeño golfo, defendido al norte por altísimo promontorio que avanza hácia el Mediterráneo. Los navíos de gran porte, no pueden llegar hasta el muelle, que por otra parte es muy mezquino, y tienen necesidad de anclar á gran distancia, y descargar sus mercancías por medio de lanchas. El terreno de la ciudad es sumamente fértil. Por todas partes se ven huertas y jardines. Los europeos que hay en el lugar, son en gran número, y tienen sus habitaciones generalmente á poca distancia de la ciudad. Viven en casas de campo, rodeadas de parques muy bien cultivados. El panorama que presenta la ciudad, vista desde el cuartel turco, que se encuentra en una elevacion, es delicioso.

Beyrouth es sumamente antigua, y parece haber sido fundada bajo el nombre de Gesir, por Gergeseo, hijo de Canaan, hijo de Cam, hijo Noé. Los asirios y los macedonios se apoderaron de ella, como de toda la Fenicia. Hecha colonia romana, recibió el nombre de Julia Augusta, *Félix Berytus*. Aquí fué donde Herodes el grande hizo condeñar á muerte á sus hijos Alexandro y Aristóbulo, últimos vástagos de a familia de los Macabeos, por ciento cuarenta de sus viles vasallos.

Después de la destruccion de Jerusalen, Tito descansó aquí algunos dias de los trabajos de la guerra, y celebró el aniversario del nacimiento de su padre, con grandes fiestas. En ellas hizo combatir entre sí á los prisioneros judíos, y aquellos desgraciados perecieron en gran número los unos á manos de los otros.

Beyrouth perteneció á los Cruzados durante mas de medio siglo, y finalmente se apoderó de ella Saladino, que recibió allí la corona de sultán de Damasco y del Cairo. En el siglo XVII cayó en poder de los drusos, que la hicieron capital de sus dominios. Aquí tuvo su palacio el célebre emir Fakr-ed-Din.

La Beyrouth actual, aunque decaída del esplendor que alcanzó en tiempo de los romanos, en que fué una de las tres ciudades en todo el imperio donde habia una escuela de derecho, puede decirse que en la actualidad está floreciente, y asegurarse que muy en breve será uno de los puertos de mayor importancia en las costas orientales del Mediterráneo. Tiene setenta mil habitantes, de los cuales cuarenta y tres mil son cristianos, y esto sin contar la poblacion flotante europea, que es muy numerosa. Gózanse en este puerto, con escasas excepciones, todas las comodidades de la vida, que la civilizacion y la cultura modernas han inventado. Hay muy buenos hoteles, teatros, cafés cantantes, librerías, casas de banco, &c.—

Mis paseos por la tarde fueron siempre por las faldas del Líbano, por donde me empeñaba en trepar tan alto como me era posible. Hubiera querido con los alientos de mi alma recorrer de alto á bajo aquellas cordilleras célebres, desde sus faldas cargadas de verdura hasta sus cimas coronadas de nieve; cruzar la llanura el-Sahel, cubierta de aldeas y plantada de moreras, de higueras y de olivos; llegar á la aldea pintoresca Eden, rodeada de jardines fantásticos, donde serpentean las fuentes, crecen los árboles frutales y por todas partes se miran flores, y donde el cielo siempre azul, y el aire embalsamado que se respira, parecen justificar la creencia de los naturales, de que en este lugar de delicias existió el paraíso terrestre.

y crió Dios á Adam y á Eva; subir al través de los senderos abiertos en las rocas, hasta las altísimas regiones imponentes y heladas, donde crecen los cedros famosos elogiados por la Biblia. Con delicia hubiera aspirado el perfume de estos árboles seculares, cuyas ramas gigantescas están siempre verdes, y cuyos troncos soberbios miden veinte piés de circunferencia: única arboleda que recuerda los antiguos bosques de donde fueron tomados los materiales con que fué fabricado el templo de Salomon. A la sombra augusta de estos cedros históricos, viene el patriarca maronita cada año, el día de la Trasfiguración, á celebrar una misa sobre rústico altar de madera, y el pueblo cristiano de las montañas asiste al sacrificio—cuya imponente majestad se aumenta en aquellos sitios—con el fervor y la devoción propias de la simplicidad de los hombres que viven apartados del tumulto de las ciudades.

En estos asilos inaccesibles á la invasión y á la conquista, viven dos pueblos singulares, profundamente divididos por la religión, pero muy semejantes entre sí por su altivez y por la feroz independencia de su carácter: los maronitas y los drusos.

Los primeros ocupan un país llamado Kesrauan, comprendido entre el curso de dos ríos. Habiéndose apartado de la herejía de su fundador el monje Maron, viven en perfecta comunidad con la iglesia católica, aunque celebran el oficio divino según su rito y en su propio dialecto, que es una mezcla de siríaco y de árabe, y tienen un patriarca que reside en su capital, llamada Kanobin. Habitan en aldeas y en chozas diseminadas por las montañas, y tienen monasterios singulares, cuyas celdillas y sepulturas están cavadas en la roca. Es un pueblo consagrado á la religión enteramente. El tañido religioso de la campana llama á los fieles al templo, donde van á orar devotos, y las montañas resuenan muy á menudo con el cántico sagrado de las procesiones. Gran número de solitarios habita como en las edades antiguas, en los oscuros antros y en las húmedas cavernas, y alimentándose con frutas y raíces silvestres, pasa su vida

orando, en perpetua comunión con el Infinito. Pueblo excepcional, que ha sabido conservar al través de los siglos, la sencillez de la vida y el fervor de la devoción de los primeros cristianos!

Esta tendencia á conservar los usos antiguos, ha hecho que los maronitas mantengan en vigor la costumbre de que los sacerdotes contraigan matrimonio. Es el punto oscuro de este cuadro luminoso. Los sacerdotes casados arrastran una existencia desgraciada, cargados de familia y sumidos en la miseria, y tienen necesidad de buscar con el trabajo de sus manos el sustento para su mujer y sus hijos. Hambrientos y andrajosos, causan en medio del pueblo, más compasión por su desdicha, que respeto por ser ministros del Altísimo. Su suerte parece ser una reprobación constante de su conducta, y viene á dar la última prueba de sabiduría en favor de la disciplina occidental, que hace indispensable el celibato para el sacerdocio.

Al sur de los maronitas habitan los drusos. Su país está dividido en numerosas porciones, á causa de las accidentaciones del terreno. Pueblo esencialmente guerrero, vive consagrado al trabajo; pero en caso de necesidad, cada pacífico labrador se convierte en valiente soldado. Los drusos creen en la existencia de un solo Dios, que se ha mostrado la última vez bajo la figura humana en 1030, en la persona de Hakem, califa de Egipto. Enemigos de toda mortificación de los sentidos, desdeñan las prácticas religiosas que pudieran causarles incomodidad ó pena. Nunca ayunan ni hacen oración. Beben vino y comen la carne del cerdo, contra los mandamientos de Mahoma. Se casan entre hermanos, y aun suele haber matrimonios entre padres é hijos. Persuadidos de que todas las religiones vendrán con el tiempo á refundirse en la suya, las miran todas con la misma indiferencia, aunque parecen sentir un desprecio especial hacia la mahometana y judaica. Algunas de sus creencias respiran la más alta antigüedad: tales son la metempsicosis y la adoración de un becerro. Esto da lugar á conjeturar que el pueblo druso debe su origen á alguna secta samaritana ó judía, refugiada aquí y mez-

clada con los itureos, antiguo pueblo de que hacen mencion los libros santos, y cuyo territorio se extendia desde el Jordan á lo largo del Libano, hasta los montes de los sidonios y de los tirios.

Los drusos son extremadamente celosos. Sus mujeres, que yo he visto repetidas veces, tanto en las calles de Beyrouth como en mis excursiones por el Libano, van totalmente envueltas en un tupido velo, que no deja visible ni la parte mas insignificante de su rostro. Las drusas son célebres por su belleza; pero sus maridos, sus padres ó sus hermanos escuchan siempre con cólera que pondere sus gracias algun extraño. No pocas veces ha sucedido, que habiendo un extranjero alabado la hermosura de una mujer, haya esta perecido sin mas motivo que este, á manos de su marido ó de alguno de sus deudos.

Las drusas son varoniles, y combaten en la guerra al lado de los hombres, y alientan el valor de estos con su ejemplo. Desprecian profundamente á los cobardes, y son en todo, del tipo de las espartanas, que decian á sus hijos y maridos al verlos partir para la guerra: *vol-ied con el escudo ó sobre el escudo*; esto es, victoriosos ó muertos.

Antes de salir de Beyrouth, visité la casa que habitó la familia de Lamartine, y que este escritor célebre dejó tan minuciosamente descrita. Allí fué donde murió Julia, la hija única del poeta, á quien este tanto amaba, dechado de belleza y sentimiento, á juzgar por la apasionada pintura que de ella ha hecho al mundo su padre. La muerte de esta niña inspiró al sublime vate aquella tierna y elevada poesía, que ha sido publicada en el «Viaje á Oriente,» y lleva por título *Getzemaní ó la muerte de Julia*.

Nada mas justo ni natural que recordar á Lamartine en Beyrouth, y repetir en la memoria la elegía que dedicó á Julia, tierna queja, gemido solemne y prolongado de una alma que ha sabido, como ninguna, tener palabras bastante elocuentes para expresar los sentimientos mas grandes y tempestuosos de la vida.—

De paso, y antes de dar fin á estos apuntes, quiero referir á los lectores algo bastante curioso, que da á conocer la opinion de los orien-

tales sobre Francia y Prusia. La nacion mas grande y gloriosa del mundo, en concepto de ellos, es la Francia, lo que muy bien se comprende, pues desde Godofredo de Buillon, San Luis, Felipe Augusto y Napoleon I, los franceses han intervenido grandemente en los asuntos de estas tierras de Levante, y combatiendo en ellas como héroes, han dejado tras sí altísima reputacion y esclarecido renombre. Así es que, cuando los orientales piensan en Europa, lo primero que salta á su imaginacion es la Francia, y tan cierto es esto, que ellos comprenden á todos los europeos bajo el nombre de francos (*franki*). Así es que su estupor ha tocado á su límite, cuando ha llegado á su conocimiento que los franceses han sido vencidos por los prusianos.

—¿Quiénes son, preguntan ellos, esos prusianos de quienes no hemos oido hablar nunca? ¿De dónde vinieron, de qué país brotaron, cómo nacieron al mundo, ya poderosos? De seguro Alá los tomó por instrumento de su justicia, é impartióles fuerzas sobrehumanas, los hizo salir vencedores de los terribles francos, la raza mas fuerte y denodada de las que pueblan la tierra. De otra manera el hecho no se explica.—

M. Delestre partió para Francia el 17 de Marzo, y yo permanecí solo y triste dos dias mas en Beyrouth.

El 19 me embarqué á bordo del *lloyd* austriaco «Vesta.» El 20 nos detuvimos algunas horas á la vista de Jaffa, y dije adios para siempre á la Tierra Santa. Por la noche seguimos caminando, y el dia siguiente, á las nueve de la mañana, llegamos á Puerto-Said.

Al dejar Beyrouth, habia tenido esperanza de llegar á Alexandria á tiempo, para trasbordarme á un vapor italiano de la compañía Rubattino, pues para uno de ellos tenia un billete de regreso á Nápoles; pero habiendo encontrado el «Vesta» una gran carga en Puerto-Said, nos vimos obligados á permanecer aquí todo el 21. El 22 continuamos nuestro viaje, y el 23, á las ocho de la mañana, llegamos á Alexandria. Aquí permanecí once dias sin voluntad ni objeto, esperando que llegara el 4 de Abril para tomar el rumbo de Europa.

Llegó por fin este, aunque con bastante lentitud en mi concepto, y salí de Alexandria. El 8 regresé á Nápoles con entera felicidad.

En este puerto de la Campania me fué preciso detenerme hasta mediados del mes, y de allí pasé á Paris. Salí de la capital de Francia en los últimos dias de Abril para embarcarme en el Hâvre con destino á México, adonde llegué á principios de Julio, habiéndome detenido algunos dias en New-York.

Grande, inmenso, indecible fué el placer que experimenté al pisar tierra mexicana, al sentirme en el seno de mi madre patria, despues de larga ausencia en remotísimas tierras traspasada. Alegres y bonancibles noticias me esperaban á mi regreso, pues el país, habiendo entrado bajo el gobierno de un hombre reputado ilustre, daba muestras de renacer por todas partes, al impulso de una esperanza universal; al mismo tiempo que todos los seres que amo, sin que uno solo faltara, me esperaban ansiosos con los brazos abiertos para recibirme, sin mudanza alguna en su cariño. Por todo lo cual di gracias á Dios.

CONCLUSION.

AL emprender mi viaje á Oriente, habíame propuesto hacerlo de la manera mas completa. Hé aquí mi itinerario: Egipto, Palestina, Palmira, la Mesopotamia, la Grecia y la Turquía europea. No me fué posible llevar á cabo sino la tercera parte de mi propósito; pero la que miré cumplida túvela por la mejor, y me alegré de haber cumplido esta y no otra.

Renuncié por ahora á llevar mis excursiones mas lejos, encomendando á mi estrella el depararme en el porvenir una ocasion propicia para realizar mis pensamientos puntualmente.

Yo quiero visitar Palmira, la espléndida Thadmor, edificada por Salomon á las puertas de la Arabia desierta; patria de Odenato, ilustrada por el valor de la heroica Cenobia, vencedora de las legiones romanas. Hé soñado mil veces ver los blancos mármoles de sus monumentos, resplandecer con los rayos del ardiente sol, medio ocultos entre la arena; sus clásicas ruinas diseminadas en el Desierto bajo